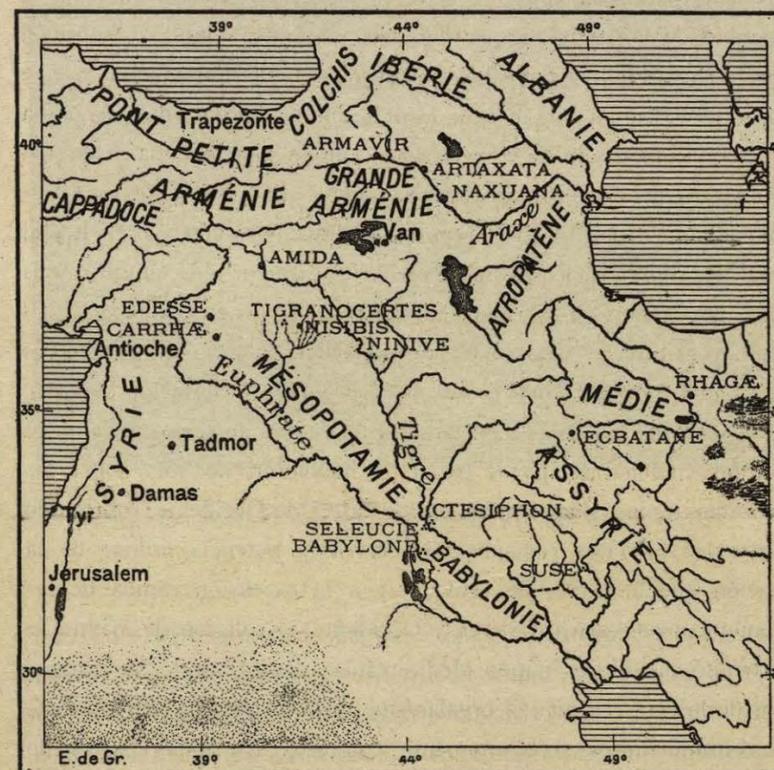


litaban la antigua religión de la patria; un viento de locura pasaba sobre todo el mundo romano. El ejército había traído de Asia un joven sacerdote del Sol, Heliogábalo, que para arreglar armónicamente la vida de un inmenso imperio, danzaba, vestido de oro y pedrerías, alrededor de una piedra sagrada. La turba de los eunucos y de los hieródulos rodeaba al señor, a la vez sacerdote, emperador y dios, lanzando gritos en lenguas desconocidas, y entregándose a ademanes y contorsiones que parecían obscenas a los mismos Romanos, celosos de las ceremonias antiguas.

Pero esa disgregación del imperio favorecía la penetración de las ideas del exterior. A pesar de la guerra furiosa que ensangrentaba la frontera, los pueblos de Persia y los de Occidente se hallaban unidos en el mismo mundo intelectual. Por una contradicción aparente, la Persia parecía querer aislarse absolutamente en el momento mismo en que el impulso del pensamiento le hacía entrar en comunión profunda con sus vecinos occidentales. En esta época los reyes sasanidas, sostenidos evidentemente por la opinión pública, trataban de restaurar las oraciones y las enseñanzas tradicionales de la antigua religión. Pero la lengua en que los preceptos sagrados habían sido formulados primeramente estaba entonces casi olvidada; hasta el nombre preciso de este idioma antiguo de los Iranios nos es desconocido, puesto que la voz *zend* con que se le designa está tomado del título actual de la «Biblia» persa, y no tiene otro sentido que el de «interpretación». Zend-Avesta significa sencillamente «Comentario de la Palabra»; no es más que una recopilación de oraciones y de formularios redactado en pehlvi, la lengua común a la época de los Sasanidas, una especie de misal para el uso de los sacerdotes, donde se busca en vano, lo mismo que en los otros libros más recientes, tales como el Bundahach, una descripción detallada de la antigua religión de los Iranios. Lo más que pueden hacer los investigadores es buscar en ellos, como en la Biblia y en otras obras que se llaman sagradas, los filones de las enseñanzas diversas de los cultos primitivos que contienen. El Zend-Avesta dista mucho de ser una obra original, es una interpretación hecha por gentes del templo interesadas en presentar los libros religiosos de otro tiempo como el código de su autoridad, la justifi-

cación de su despotismo. «El bien y el mal no están en la conciencia, dice un pasaje del libro, sino en la obediencia o la rebeldía a

N.º 256. Teatro de la lucha entre Roma e Irán.



1: 15 000 000  
0 500 1000 Kil

La posesión de la gran Armenia fué una eterna manzana de discordia entre Roma y el Irán, y cambió de poseedor más de una vez.

En la llanura la frontera atravesaba generalmente la Mesopotamia: Carrhae recuerda la muerte de Craso, Edesa la derrota de Valeriano; Madain fué tomada varias veces por los Romanos, especialmente bajo Marco Aurelio, después por Séptimo Severo y últimamente por Juliano.

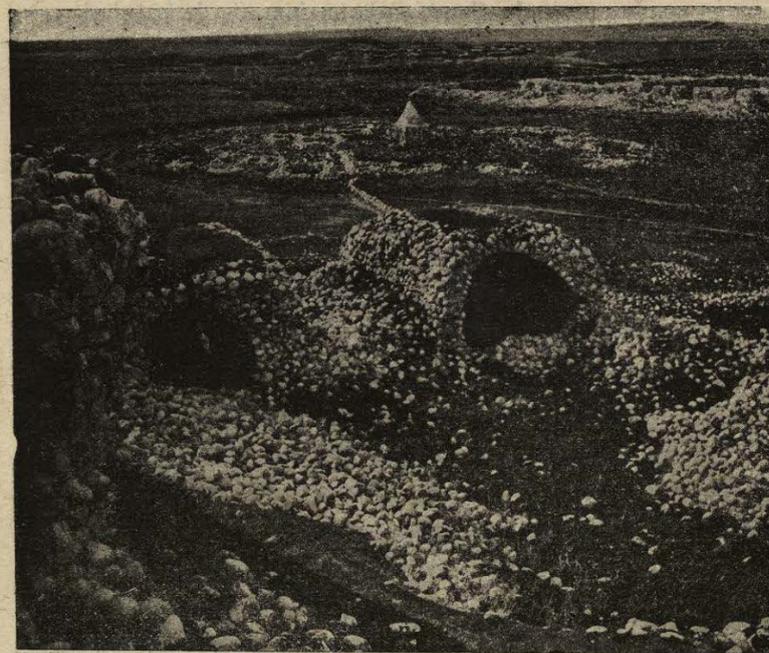
Pero a veces salieron los límites de este territorio. Antes de la batalla de Accio, los Partos, con ayuda de los republicanos romanos, tomaron toda la Siria y sitiaron a Antioquia; poco después, Antonio hizo una expedición a Atropateno que acabó de una manera desastrosa. Trajano logró también subir los primeros contrafuertes del Zagros e instituyó una provincia de Asiria, que no duró más que dos años.

la palabra del sacerdote». «Y ahora que he orado, añade otro pontífice, espero mi recompensa». Y en otro lugar: «He predicado tu

doctrina, dame la fortuna». A este respecto, el Zend-Avesta no vale más que ciertas partes de los Vedas; es también una obra de lucro.

Pero lejos de poder constituirse un culto completamente nacional, independiente de todos los demás, Persia participaba cada vez más de los movimientos de la fe en las comarcas occidentales. El cambio de las religiones se hacía de mundo a mundo y sobre el pie de igualdad. Es posible, no obstante, que Persia tuviera que dar más. En aquella época, la religión mazdeana, que se había tenido la pretensión de resucitar sin cambiar nada en ella, hubo, sin embargo, de transformarse por completo. La pompa de las ceremonias era difícil referirla a puras abstracciones como el Bien y el Mal, los dioses reales habían tomado un carácter más tangible. Los antiguos Ormuzd y Ahriman habían retrocedido en la ola del infinito, y Mithra, el dios solar por excelencia, el hijo de Zervan, es decir, del Tiempo, había destituido a su padre, a imitación de Zeus, el dios de los Griegos: colocándose en primer término, desempeñó durante mucho tiempo el papel de mediador, no sólo sobre las mesetas iraníes, sino también en los países de Occidente; sobre todo entre los ejércitos romanos. Gracias a la potencia militar de la nación que le servía de vehículo y a la extensión rápida de las comunicaciones entre Oriente y Occidente, la religión de Mithra se extendió en todo el mundo Mediterráneo, neutralizando los progresos de la otra religión, el cristianismo, procedente también del Este y confundiéndose frecuentemente con ella. En todas partes, lo mismo en las Galias que en la península hispánica, se sacrificaba el toro, el animal especialmente consagrado al sol, a fin de atraer sobre el pueblo los favores de Mithra, la divinidad de la Luz y de la Fuerza, el «Dios invencible».

Al mismo tiempo, el cristianismo, salido de Judea, de Siria, de Alejandría y de Grecia, se infiltraba en el Irán, en cambio del mithraísmo. De esta mezcla nació el maniqueísmo, que se introdujo en todo el Mundo Antiguo hacia la China y hacia el Occidente, y cuya influencia se encuentra hasta en las doctrinas albigenses. Mani, con cuyo nombre se designó la nueva religión, como verdadero persa, se atuvo a la idea del dualismo, el bien eterno y el mal eterno, como principios irreductibles, pero aplicando esta doctrina al hom-



RUINAS SASANIDAS EN HAUCH-KURI, EN EL ZAGROS

*Según una fotografía de J. de Morgan  
(Misiones arqueológicas en Persia).*

bre, vió en él un rayo de luz pura, una partícula de bien, rodeada de tinieblas y de mal por el intermedio impuro de su cuerpo. Para volver a la inocencia primera, el fiel había de luchar incesantemente contra sus pasiones, hasta abdicar el trabajo como cosa procedente del imperio del mal: resultaba de ello forzosamente que la sociedad se dividía en dos clases, la de los «puros», que se daban a la oración como única labor, y la de los «impuros», que trabajaban para alimentar a los sacerdotes. Acerca de este punto puede decirse que la práctica de los católicos occidentales no ha diferido de la práctica maniquea: si los dogmas son diferentes, una y otra religión producen el mismo resultado social.

¿Tuvo también el budhismo más allá de Persia alguna influencia sobre la religión del Cristo? Mucho se ha discutido el asunto, pero es cierto que esta influencia fué considerable, menor sin embargo, que la del mazdeísmo, y hasta se posee un testimonio de los más raros de esta influencia, puesto que el mismo Budha, aunque

con un nombre prestado, figura en la hagiografía de la Iglesia cristiana. Juan Damasceno, un fraile del siglo VIII, reprodujo una narración búdhica, dando a sus personajes los nombres de Barlaam y de Josafat, y estos dos seres de la leyenda fueron colocados en el rango de los Santos, y resulta que Josafat no es otro que Budha; en la Iglesia de Oriente, su fiesta se celebra el 26 de Agosto, y el 27 de Noviembre le invocan los fieles romanos<sup>1</sup>. No solamente el budhismo y el cristianismo presentan semejanzas de culto que, por muchos detalles, van hasta la identidad, sino que las enseñanzas dadas por los discípulos de una y de otra se coinciden en parte hasta en las palabras; sin embargo, no hay que admirarse de esto, porque los sacerdotes son esencialmente conservadores y formalistas; puede suceder muy bien que frailes budhistas y sacerdotes católicos hayan guardado con perfecta escrupulosidad las costumbres, los ritos y las palabras que un clero de las épocas anteriores les había transmitido.

Una de las afirmaciones más frecuentemente repetidas por hábito irreflexivo de lenguaje se refiere a la «bondad» de la «moral evangélica», como si todas las máximas morales, excelentes, indiferentes o funestas que se hallan en los Evangelios, no hubiesen sido anteriormente formuladas por los pensadores más antiguos de Asia y de Europa. Todos los preceptos que pasaron después por esencialmente cristianos habían sido ya expresados en los mismos términos o bajo formas todavía más precisas o más comprensibles<sup>2</sup>. ¡Qué diremos de esta sentencia de Hillel: «No juzgues a tu adversario hasta que te halles en su posición», o de esta otra: «¡Allí donde falten los hombres, sé tú uno!» o también: «¿Quién soy yo para no pensar más que en mí solo?» ¿No se ha podido sostener que el Sermón de la montaña se encontraba más bello y más completo en el Pirke Aboth (Máximas de los Padres) talmúdico? No es tanto la doctrina lo que hace una religión como la conducta de sus sacerdotes; además el cristianismo no comenzó a dar sus pensamientos por revelados hasta después de su victoria definitiva, cuando pudo imponer silencio a sus contradictores por la prisión y la hoguera.

<sup>1</sup> Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. de G. Perrot, ps. 464 y sig.

<sup>2</sup> Fréret, *Examen des Apologistes de la Religion chrétienne*; Havet, Rosière, etc.

La renovación de fervor que se ha inclinado recientemente hacia el budhismo ha demostrado de una manera para siempre indiscutible que el encanto del afecto mutuo entre los hombres, que el espíritu de solidaridad en toda su extensión y el perdón de las injurias en toda su nobleza y grandeza de alma habían encontrado en los primeros budhistas defensores que no fueron jamás excedidos en elocuencia y en profundidad de convicción; pero ¿no residen todos esos sentimientos en el fondo mismo de la naturaleza humana, lo mismo que los sentimientos contrarios? ¿No se han amado unos en todo tiempo, y no se han odiado los otros desde los orígenes del mundo animal, y no han tenido origen en las relaciones naturales de hombre a hombre, en sus atracciones y repulsiones mutuas las morales y las religiones para desarrollarse de modos diversos en la superficie del mundo?

Si las semejanzas son grandes entre las dos doctrinas nacidas en la India y en Palestina con un intervalo de seis siglos, y si se produjeron penetraciones recíprocas de una a otra, existe, sin embargo entre esos dos grandes movimientos de la humanidad una diferencia esencial: el budhismo, nacido del sentimiento del dolor humano, tiene por objeto supremo llegar a destruirle, mientras que el cristianismo predica la resignación a las miserias de este mundo, considerando que Dios lo quiere a guisa de compra de las alegrías futuras del cielo. Las «cuatro verdades saludables», bases de la enseñanza búdhica, son «conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, buscar su supresión y hallar su remedio». ¿Puede hoy un hombre de corazón y de inteligencia tener otro ideal? ¿Puede resignarse cuando ha comprendido que la unión de las buenas voluntades bastaría para destruir las principales causas del sufrimiento entre los hombres?<sup>1</sup>

Otro contraste fundamental entre el cristianismo y el budhismo consiste que entre los cristianos, inmediatamente después de sus primeros y pasajeros ensayos de comunismo entre discípulos judíos, mantuvieron explícitamente las diferencias de clases, desde la de los soberanos hasta la de los esclavos. Es evidente que el cristia-

<sup>1</sup> «Mithra», por Alexandra David, *Etoile Socialiste*, n.º 20, 18 a 25 Abril 1895.

nismo contribuyó a la emancipación de estos últimos, pero solamente por su movimiento normal, venido de abajo; al contrario por sus autoridades, por su gobierno, por el movimiento de arriba, trabaja para consolidar la esclavitud. Peor aún, la fe predicada por San Pablo y llegada a ser la de toda la Iglesia, crea todavía una distinción nueva y terrible, la que separa eternamente los elegidos y los réprobos. En el budhismo son rechazadas las condenaciones irremisibles: todo lo que palpita consciente o inconscientemente goza de una perfecta igualdad con todos los otros seres por el solo hecho de su existencia. «Ni superiores, ni inferiores; no hay otro lazo que el de la fraternidad universal». Nadie debe arrodillarse delante de otro por grande que sea; que nadie se yerga con orgullo delante de quien quiera que sea, aun ante el más vil. En la religión cristiana, por el contrario, hay hombres por los cuales no se debe rogar; los hay que han de ser siempre maldecidos<sup>1</sup>.

En definitiva, ¿qué hay que pueda ser considerado como específicamente cristiano? La doctrina de San Pablo, su teoría de la Redención por la Gracia. El pecador es perdonado, justificado, santificado por decreto especial que le atribuye los méritos de un inocente; es absuelto, no por ningún mérito propio, ni siquiera porque él mismo lo haya pedido, sino porque le place al juez divino. Es una justicia manifestada por una triple arbitrariedad, es el reinado del Capricho<sup>2</sup>.

El Imperio romano, gracias a su majestuosa unidad, se prestaba a la extensión de un culto único: un solo emperador, una sola ley implicaba la existencia de una sola fe; pero era preciso librar batalla. El conflicto entre las diversas religiones de Oriente, que trataban de obtener la supremacía sobre las almas, se terminó en favor de los Nazarenos, cuya fe se confundía sobre tantos puntos con la filosofía griega; sin embargo, faltaba adaptarle perfectamente al medio de las instituciones y de las costumbres: lo que no podía cambiar se resistía a aceptarlo. Y ante todo, ¿cómo establecer relaciones normales con el gobierno?

Una generación de rebeldes podía bien entrar en lucha, confiada en las promesas de su profeta o de su Dios, y viéronse, en efecto,

<sup>1</sup> I Corintios, xvi, 22.

<sup>2</sup> Elie Reclus, *Notas manuscritas*.



CATACUMBAS DE SAN GENARO EN NÁPOLES  
Las paredes y el techo están cubiertos de pinturas